

**Graciela Salto (compiladora y editora), *Memorias del silencio: literaturas en el Caribe y en Centroamérica***  
**Buenos Aires, Corregidor, 2010, 349 páginas.**

**Graciela Salto (coordinadora y editora), *Ínsulas y poéticas: figuras literarias en el Caribe***  
**Buenos Aires, Biblos, 2012, 235 páginas.**

El libro *Memorias del silencio: literaturas en el Caribe y en Centroamérica*, compilado, prologado y editado por Graciela Salto, reúne diversos análisis sobre narraciones caribeñas y centroamericanas. Los distintos y profundos estudios críticos convergen en la propuesta global de reflexionar sobre los rasgos que conforman la identidad cultural latinoamericana, enfatizando su heterogeneidad. Simultáneamente, estos abordajes coinciden en pensar el modo en que se entrelazan las zonas específicas del Caribe y Centroamérica, considerando experiencias históricas compartidas de dominación y despojo. En relación a ello, en este libro se concibe la escritura de manera plural, dinámica y abierta, ligada a la memoria. Bajo esta perspectiva, las palabras simbólicamente se vuelven conocimiento iluminador a la vez que estallido ante la violencia oscura del silencio, como sostiene con exactitud Salto: “Entendemos que los estudios de este volumen contribuyen a ese esfuerzo por dilucidar y comprender las memorias volcánicas de las literaturas caribeñas y centroamericanas y su intensa apuesta por quebrar el silencio” (p. 14). La lectura de este volumen, dividido en tres secciones, nos convoca a transitar —contemplar y oír— las formas múltiples en que se conjugan varias dualidades presentes en las literaturas del Caribe y de Centroamérica. Binarismos de fijeza y dinamismo que exhiben el vínculo sincopado entre dos grandes núcleos teóricos interrelacionados. El primer eje de reflexión lo conforman la tradición, el archivo y el repertorio, combinado con el otro núcleo crítico que engloba el desvío, la difracción y la traducción.

En la primera sección, “Traducciones y difracciones en el Caribe”, asistimos a las modulaciones de un preliminar resplandor en la zona caribeña. El capítulo se abre con la reproducción del diálogo, efectuado en la Universidad de Maryland (EE.UU.) en 1991, entre dos grandes figuras del pensamiento caribeño actual: Kamau Brathwaite (Barbados) y Édouard Glissant (Martinica). Ambos intelectuales abordan la pregunta general sobre la configuración de la identidad en sus regiones de pertenencia —el espacio anglófono de Barbados y el francófono de Martinica, respectivamente—, desde el despliegue del problema teórico del “*lenguaje-nación*”. Con esta concepción se hace referencia a las políticas de la lengua como experiencias y expresiones en el presente que, articuladas por la memoria, remiten al ineludible pasado histórico compartido de dominación colonial. Asimismo, sendos intelectuales indagan las formas narrativas conformadoras de la poética de “*acriollamiento*”, definida como dimensión cultural que abreva en la relación y en los contactos entre culturas diversas. También señalan la creatividad dinámica y abierta de las poéticas de “*acriollamiento*” capaces de propagarse o difractarse frente a los límites de las fronteras de las lenguas y de la marginalidad política que atraviesan las regiones insulares caribeñas. Siguiendo en el terreno del lenguaje y de las lenguas híbridas, entrelazadas como marcas de identidad de culturas plurales, las experiencias de la traducción y edición realizadas sobre y desde un “espacio criollo” se abordan en el análisis siguiente de Carolina Benavente Morales (autora de la traducción al español de la conversación sostenida entre Brathwaite y Glissant incluida en el volumen). El área cultural francófona martiniqueña es puesta de relieve por Irmtrud König a través de su estudio sobre tres obras de teatro del fundador del movimiento de la “Negritud”: Aimé Césaire. La autora explica el giro escritural de Césaire, es decir, su pasaje de la escritura poética a la dramaturgia en la década de 1960, atendiendo al contexto de los procesos de descolonización en América Latina. König concibe este cambio en Césaire como gesto concreto de crítica al orden colonial. La actitud reflexiva se percibe en las obras dramáticas mediante la escenificación de historias de emancipación colonial en las Antillas, lo cual permite al autor establecer nexos entre el pasado y el presente de enunciación. Para completar esta sección de literaturas caribeñas, se ilumina la zona de la cultura insular anglófona mediante el trabajo de María Alejandra Olivares sobre algunos microrrelatos de la escritora Jamaica Kincaid (nacida en Antigua). Olivares focaliza la amalgama entre escritura e identidad presente en las ficciones de Kincaid al analizar la trama argumental de los textos pautada por la tematización de relaciones de poder, la reelaboración de elementos autobiográficos junto con modos de proyectar una alegoría sobre aspectos de la historia colonial caribeña (específicamente: la dominación inglesa en Antigua).

El segundo apartado y centro del libro lo ocupan otras modulaciones radiantes proyectadas específicamente desde la isla cubana: “Cuba: las ficciones de la tradición”. El artículo de Graciela Salto reconstruye, en diacronía, las variaciones etimológicas junto con las valoraciones semánticas e

ideológicas del “choteo” (actitud o gesto mordaz de propensión a la risa, la burla o la ironía), tal como ha sido caracterizado por importantes intelectuales cubanos (Cintio Vitier, Severo Sarduy, Fernando Ortiz, entre otros). La autora focaliza también las implicaciones políticas y estéticas de esta concepción de juego verbal en diferentes momentos de la historia de la isla. Salto analiza minuciosamente la vinculación del “choteo” como esencia de la cubanidad en sus prácticas sociales y culturales con el tropo poético moderado de “la suave risa”(o *intrascendencia*) hasta llegar a su reconsideración actual, donde el concepto es sumergido en el ámbito de gestos “camp”. Resignificación incesante que contribuye a diluir la primigenia esencialidad unívoca atribuida al término para enfatizar el dinamismo del vocablo sustentado en cruces abiertos de distintas voces. La pregunta sobre los rasgos que caracterizan la identidad cubana se mantiene en los dos siguientes análisis incluidos en este capítulo. Por un lado, María Pía Bruno reflexiona exhaustivamente sobre los usos del género romance por parte de ciertos letrados vinculados al círculo literario de Domingo del Monte en la primera mitad del siglo XIX. Bruno contrasta las estrategias retóricas y construcciones simbólicas (tierra, historia, raza y cultura) utilizadas por la élite intelectual en sus romances, para delimitar una autoconciencia nacional. Elaboración compartida por los letrados decimonónicos a través de la cual —sin dejar de estar tensionada entre la heterogeneidad, la tradición y la modernidad— se apunta a proyectar ideológicamente desde la escritura una imagen colectiva, conciliadora y homogénea de la patria. Por otro lado, Ariela Schnirmajer se aboca a analizar puntualmente la escritura de José Martí en tanto modo peculiar de pensar la configuración nacional cubana en vías de emancipación, atendiendo a las figuraciones femeninas presentes en sus textos. La ética y el erotismo se combinan en la valorización positiva que ofrece Martí sobre el rol activo y cívico de la mujer en la construcción de la nación. La indagación sobre la identidad cubana adquiere otras resonancias, que se suman a las anteriores, desde los trabajos complementarios de María Virginia González y de María Fernanda Pampín. Ambas analizan obras insertas en el llamado “Período Especial” de crisis en Cuba y también coinciden en desarrollar temáticamente formas de transgresión narrativa. Por un lado, González aporta un detallado enfoque sobre los mecanismos narrativos de transgresión del género ensayístico en la obra de Margarita Mateo Palmer. Dentro de esta operación de desvío literario efectuada por la escritora, en tanto modo de reflexionar sobre la condición posmoderna, González enfatiza aspectos como el carácter abierto del texto a partir del cruce de géneros —ensayístico y ficcional—, la plurivocidad junto con la autoconstrucción novedosa de un sujeto escritural que conjuga identidades múltiples —desde el rol profesional y el género femenino—. Por su parte, Pampín organiza una investigación integradora sobre las diversas versiones de la ciudad de La Habana construidas en las obras de Abilio Estévez. La autora indaga la manera en que la ciudad habanera se presenta como sinécdoque de Cuba en los variados registros del escritor. Además, Pampón sostiene que estos inventarios permiten a Estévez transgredir y resignificar el modelo de relato de viajes, creando visiones subjetivas de la ciudad. Así, el escritor construye varias imágenes de La Habana apelando a la perspectiva nostálgica del exiliado —muchas veces pautada por el motivo del recuerdo— junto con el despliegue de connotaciones negativas atribuidas a los lugares habaneros. Por medio de estos recursos el escritor ofrece un panorama generalizado y extendido de desencanto (en este aspecto vinculado, ideológicamente, a la consideración del fracaso de la Revolución cubana).

Como cierre de la compilación, una tercera resonancia múltiple fulgura en el área centroamericana con el capítulo “Centroamérica: repertorios, archivos y desvíos”. Mónica Marinone aborda las narrativas venezolanas del siglo XX. La investigadora explora, específicamente, una serie de escrituras fundacionales atendiendo a sus vínculos con procesos históricos latinoamericanos. En este sentido, Marinone medita sobre las maneras en que en esos relatos emancipatorios se construye una idea de nación como forma de consolidar identidades (para ello selecciona textos que ligan historias del pasado y del presente: Simón Bolívar, Uslar Pietri, Denzil Romero entre otros). El área nicaragüense se despliega a través del importante análisis de Diana Moro, centrado en la consideración de la narrativa de Sergio Ramírez. En especial, Moro reflexiona sobre la construcción de una representación de la cultura nacional nicaragüense en términos de heterogeneidad, dado que Ramírez utiliza diversos mecanismos narrativos de ruptura respecto del archivo tradicional (por ejemplo, desde el cruce de discursos o la mezcla de géneros y citas apócrifas presentes en sus novelas). Otro modo de pensar la relación entre tradición y trasgresión se realiza en el detallado trabajo de María Teresa Sánchez, quien focaliza la estrategia del desplazamiento en la literatura del guatemalteco Augusto Monterroso. Mecanismo narrativo que permite al escritor desplegar una mirada crítica en relación al canon apelando a la propuesta de un gesto escritural lúdico (escritura caracterizada, además, por la brevedad, parodia, mezcla de citas, reescrituras de sus propias narraciones, autorreferencialidad, etcétera). Como cierre del capítulo, el análisis de María del Pilar Vila sobre la narrativa de Horacio Castellanos Moya nos sitúa en la región salvadoreña. La profunda indagación de Vila recorre varias estrategias que anudan la escritura de Castellanos Moya con el tema de la violencia en consonancia con la llamada “estética del cinismo”, “estética del desencanto” o “narrativa de la posguerra”, en el marco de la sostenida inestabilidad

sociopolítica de la región. La exacerbación de la violencia como propuesta estética de crítica hacia la crisis de la identidad nacional se presenta en la escritura del escritor hondureño-salvadoreño mediante el uso de la ironía, la construcción de un frecuente clima de opresión y asfixia, la tematización del desarraigo, el sufrimiento y la desintegración nacional, la crítica social marcada por la sordidez. En su conjunto, estos aspectos diseñan ficcionalmente una visión desesperanzada sobre el contexto nacional de El Salvador.

La mayoría de los amplios y principales ejes teóricos hasta aquí descriptos vuelven a ser indagados en el reciente libro también coordinado y editado por Graciela Salto: *Ínsulas y poéticas: figuras literarias en el Caribe*. Esta compilación reúne artículos producidos por importantes investigadoras argentinas que, desde sus respectivos enfoques, ofrecen una reflexión articuladora sobre múltiples zonas de expresión identitaria incluidas en el gran mapa cultural y ficcional caribeño. Este segundo libro se estructura en tres capítulos que correlativamente engloban tres problemas teóricos vinculados a las poéticas caribeñas: la memoria, la lengua y la tradición. En su conjunto, en estos apartados se hace hincapié en líneas de reflexión centrales y recurrentes como la heterogeneidad cultural, las difracciones narrativas, la apelación a la memoria, la violencia de las relaciones de dominación colonial, desarraigos y diásporas, el arraigo en la construcción de determinadas ideas de nación y la presencia de la lengua como signo de singularidad identitaria. Si en el libro anterior compilado por Salto las palabras encendidas de las literaturas caribeñas y centroamericanas permanentemente suenan para romper la opacidad del silencio, en esta compilación ellas se vuelven un “bullir creativo” —igualmente peculiar, plurívoco y dinámico—. Como expresa Salto: “Lejos de la quietud que asegura la univocidad, se hace evidente en uno y otro ensayo que las literaturas del Caribe insular ofrecen un inquietante bullir creativo donde parecen disolverse, fútiles, las categorías de ultramar” (p. 12).

El primer capítulo, “Poéticas de la memoria insular”, se inicia con el estudio de Mónica Bernabé sobre el relato de la identidad antillana como dimensión discursiva atravesada por paradojas de arraigo y desarraigo, insularismo y transculturación. Desde este planteo la autora incursiona, diacrónicamente y con agudeza crítica, en las incesantes resignificaciones de la teoría de la transculturación desde el momento de su emergencia hasta la actualidad (revisando las principales líneas críticas del pensamiento latinoamericano desarrolladas por Antonio Pedreira, Fernando Ortiz, Antonio Cornejo Polar, Ángel Rama y Édouard Glissant entre otros). Este capítulo preliminar nuclea, además, dos trabajos sobre literatura puertorriqueña centrados en el estudio particular de obras del escritor contemporáneo Edgardo Rodríguez Juliá. El primer abordaje crítico lo realiza Gabriela Tineo. La carencia de una épica fundacional colectiva incluida en el discurso historiográfico oficial puertorriqueño, el planteo ficcional de una conciencia de “puertorriqueñidad” que surge en el siglo XVIII y se vincula al legado de un pasado claramente afroamericano y cimarrón en la isla, los imaginarios de utopía con sus correlativos ámbitos de libertad (la región natural paradisíaca, el palenque y la ciudad lacustre), las urdimbres del poder colonial y su lugar de inserción (San Juan como bastión militar), los tópicos de la lujuria, la enfermedad y la pereza vinculados al mundo criollo y africano, los recursos narrativos de la diseminación, y la plurivocidad y la heterogeneidad de puntos de vista, son algunos de los aspectos indagados por Tineo en su pormenorizado estudio sobre la novela *La noche oscura del Niño Avilés* del escritor puertorriqueño. En consonancia, el iluminador trabajo de Carolina Sancholuz se detiene en aprehender el entramado del espacio del Caribe tal como es imaginado y construido discursivamente en las crónicas *Caribeños* de Rodríguez Juliá. Además, la investigadora relaciona la obra del escritor puertorriqueño con las perspectivas teóricas de insoslayables exponentes del pensamiento caribeño y latinoamericano: Antonio Benítez Rojo, Ana Pizarro, Arcadio Díaz Quiñones y Édouard Glissant. Así, Sancholuz ofrece un mapeo dinámico del Caribe desde la tematización de trazos comunes histórico-culturales que atraviesan y enlazan estas producciones discursivas en diálogo con el énfasis puesto en la reflexión sobre temas convergentes como el colonialismo, el sistema de la esclavitud, la economía de plantación, diásporas y migraciones, multilingüismos, entre otros. Para cerrar este panorama de poéticas puertorriqueñas, Elsa Noya aborda algunos debates presentes en el campo literario y cultural de fin de siglo XX que giran en torno a la reivindicación de una identidad nacional de Puerto Rico, el lugar del intelectual y la función de la literatura. En este marco, la autora analiza especialmente las intervenciones públicas y aportes artísticos de Elizam Escobar. Noya examina debates publicados a partir de la década del noventa en revistas puertorriqueñas como *Postdata*, *Bordes* y *Nómada*, para reconstruir el diálogo teórico mantenido entre Escobar y otros intelectuales de la isla (por ejemplo, Juan Duchesne Winter). A la vez, el artículo ofrece un recorrido por las implicaciones ideológicas y políticas de las nociones de “transficción” y “econarcisismo” propuestas por Escobar para pensar sobre la condición colonial de su nación desde su lugar de enunciación como sujeto privado de libertad (el artista fue puesto en prisión por parte del gobierno estadounidense bajo la acusación de conspiración política. Escobar fue liberado en 1999 y se ha reintegrado a su país para residir en la ciudad de San Juan).

El segundo capítulo “Poéticas de la lengua” está dedicado a las expresiones literarias de la isla de Cuba a través de tres análisis. En el primero de ellos, Celina Manzoni indaga el discurso literario de la diáspora cubana (discurso que despliega las figuras de la errancia, el desplazamiento, la desubicación y el no-lugar). La autora explora los principales testimonios e intervenciones críticas sobre el tema efectuados por Edmundo Desnoes, Arcadio Díaz Quiñones, Ambrosio Fornet y Rafael Rojas junto con la consideración de algunas ficciones de Reinaldo Arenas, Antonio José Ponte y Pedro Juan Gutiérrez. En este vasto recorrido, Manzoni analiza de modo especial la estética de inestabilidad contenida en la narrativa de Guillermo Rosales. Este carácter fluctuante de la escritura de Rosales se evidencia en la recuperación dinámica de otras lenguas y en la práctica de traducción de tradiciones culturales, la tematización del desamparo, lo ominoso y la errancia, el tono autobiográfico de un sujeto a veces descentrado y otras escindido, entre otros ejes narrativos. La tematización del exilio, la abyección y la disidencia, la proliferación neobarroca, la inestabilidad del sujeto, la corporalidad y el lenguaje como elementos constitutivos de una subjetividad que se encuentra fragmentada, son los principales núcleos de reflexión incluidos en el pormenorizado artículo de Sonia Bertón sobre *Maytreya* de Severo Sarduy. En el tercer análisis, Denise León recorre las experiencias del exilio figuradas en la poética de José Kozer en *Ánima*. León reflexiona en detalle sobre el modo peculiar en que el autor recupera, registra y reivindica su identidad dual —judío y cubano— mediante una autofiguración de “cubano errante” en sus poemas. Así como en lo biográfico la identidad del poeta está marcada por la condición de exilio y la errancia, sus poemas también evocan figuradamente esas nociones mediante el carácter inconcluso e igualmente desplazado de su escritura poética neobarroca. De este modo, los poemas de Kozer trasladan sus significaciones de manera inagotable y, en su movimiento, profundizan aspectos como el detalle de lo cotidiano, la celebración de la diversidad cultural, el registro de la carencia y el fracaso, la corporalidad en decadencia, la reflexión sobre la fugacidad del tiempo o bien la atemporalidad y el ritual del amor como refugio o morada.

El tercer y último capítulo, “Poéticas de la tradición”, se compone de cuatro ensayos que mantienen la compartida indagación sobre el entramado literario de Cuba desde el marco de un abordaje histórico religador entre pasado y presente. Alejandra Mailhe desarrolla con rigurosa lucidez un profuso estudio sobre la ideología del mestizaje en los ensayos de Fernando Ortiz precisando distintas etapas, previas a la década del cuarenta. La autora aborda el modo en que lo afrocubano se constituye en eje de conocimiento científico junto con las resignificaciones que adquiere este núcleo en el proyecto ortiziano vinculado a su sostenida reflexión sobre la identidad nacional cubana (por ejemplo: en su etapa ensayística temprana, la homogenización nacional integradora es puesta de relieve a través de la idea de una amalgama cultural sincrética apelando a la “metáfora del ajiaco”). Mailhe explora la emergencia del concepto de transculturación en las obras iniciales de Ortiz junto con el modo en que continúa y se proyecta hacia el giro conceptual culturalista que desplegará en sus ensayos posteriores a la década del cuarenta. También, la autora enlaza comparativamente los textos de Ortiz con otros ensayos producidos por Raymundo Nina Rodrigues (Brasil) y Jean Price-Mars (Haití) focalizando, puntualmente, el diálogo teórico convergente entre estos ensayistas a nivel insular y continental latinoamericano. María Guadalupe Silva dedica un articulado estudio sobre la construcción de la imagen de José Lezama Lima en ocasión de un homenaje realizado en 2010 por los cien años de su nacimiento. La investigadora parte del registro fotográfico consagrado a Lezama Lima vinculando las ideas de imagen, muerte y perdurabilidad, para luego abordar las múltiples significaciones que aglutina su persona como un gran “collage” valiéndose del registro, operado por la memoria, de una serie de testimonios de escritores, artistas e intelectuales que lo conocieron (René Portocarrero, Fina García Marruz, Virgilio Piñera entre otros). Así, Silva ofrece una galería de retratos lezamianos que, a modo de ceremonial, dan cuenta su condición de identidad sincrética en la semblanza de sus variadas máscaras: maestro, poeta, víctima, patriota y “Señor Barroco”. El trabajo de Carmen Perilli aborda la indagación sobre la identidad nacional cubana atendiendo a los nexos entre memoria e historia en el momento cambiante del presente. En particular, la autora ofrece un interesante análisis sobre la construcción de los mitos de autor en dos novelas de Leonardo Padura Fuentes: *La novela de mi vida* y *Adiós Hemingway*, producciones textuales donde Padura Fuentes construye una genealogía literaria de afiliación desde la selección de los protagonistas de ambas novelas (José María Heredia y Ernest Hemingway), a la vez que elige dos modelos de género narrativo (el policial y el discurso histórico). La consideración del pasado nacional como alegoría del presente, la tematización del lugar insular de pertenencia y la diáspora, el permanente tópico de la memoria y de la búsqueda que pautan ambas tramas narrativas son algunos de los ejes analizados por Perilli en su ensayo. En el último estudio que cierra el volumen, Graciela Salto piensa los vínculos entre literaturas actuales cubanas y obras del pasado atendiendo a las reactualizaciones y significaciones de tonos orales inherentemente ligados a la memoria. La autora ofrece un valioso panorama sobre diversos registros de habla y voces plurales presentes en las producciones escritas del siglo XIX: el “tono sencillo” de José Jacinto Milanés, los rasgos “semi-andaluces” de José María Heredia, las voces “guajiras” de Cirilo Villaverde junto con la

“inadecuación” tonal de Plácido. La valoración de estos distintos matices de oralidad como acontecimiento inacabado posibilita revisar, desde la actualidad, los alcances axiomáticos del canon literario cubano del pasado otorgando visibilidad a heterogéneos modos de decir contenidos —y muchas veces solapados— en la configuración de esa tradición decimonónica de Cuba.

A través de los diferentes análisis críticos reunidos tanto en *Memorias del silencio: literaturas en el Caribe y en Centroamérica* como en *Ínsulas y poéticas. Figuras literarias en el Caribe* las tensiones, memorias y silencios, formas de dominación, violencia y despojo, vínculos entre pasado y presente, los cruces, difracciones y reinventiones estéticas junto con preocupaciones político-ideológicas proyectadas en las figuraciones de lo nacional, convergen en el diseño de un vasto y dinámico mapa literario del Caribe y Latinoamérica. En este sentido, el trabajo de compilación realizado por Graciela Salto constituye un valioso aporte en los estudios latinoamericanos y caribeños. Los dos volúmenes ofrecen modos articulados de pensar sobre la compleja configuración identitaria caribeña y latinoamericana, a través del recorrido por sus fluyentes, heterogéneas y plurívocas poéticas y narrativas. Destacamos así las múltiples e iluminadoras significaciones contenidas en ambos libros: el incesante “bullir creativo” de “palabras encendidas” que Salto subraya en cada volumen.

***Julieta Novau***